

Un Caso de sobreadaptación en Análisis

Andrea P. Villegas

Un Caso de Sobreadaptación en Análisis

Resumen

La intención de este trabajo es identificar y describir los cambios psíquicos ocurridos en el análisis de un caso de sobreadaptación en los primeros cuatro años de tratamiento. Siguiendo el diseño de estudio de casos, se seleccionaron observaciones en la primera etapa del proceso analítico de una paciente y se contrastaron con su posición subjetiva al final del período comprendido en este trabajo. Los cambios se dan principalmente alrededor de dos ejes: una mayor integración psíquica y avances en el proceso de simbolización. Asimismo, se detectaron otras transformaciones relacionadas con las anteriores como la inauguración de un pensamiento propio, la renuncia al self idealizado y a los beneficios secundarios de la sobreadaptación y la aparición de enojo y vergüenza. Se incluyen observaciones acerca de la particular relación del paciente sobreadaptado con el encuadre así como algunas reflexiones acerca de la transferencia y la contratransferencia.

Introducción

En *Del cuerpo al símbolo*, Liberman, Grassano de Piccolo, Neborak de Dimant, Pistiner de Cortiñas, Roitman de Woscoboinik (1986) realizan una exhaustiva investigación empírica que les permitió construir teorizaciones para comprender casos de sobreadaptación y su relación con las enfermedades corporales. Es por esa especificidad que esta obra es el recurso bibliográfico central del presente trabajo tanto por la variedad de casos estudiados como porque brinda además herramientas teóricas y técnicas para su tratamiento poniendo énfasis en el proceso de simbolización que se ve obstaculizado. También otros autores como Meltzer (1979), Bick (1968) y Joseph (2004) han publicado casos de pacientes con déficit en el proceso de simbolización de los mensajes emocionales y corporales. Tomando como antecedentes dichos estudios, como hipótesis de trabajo se plantea: ¿cuáles

son y cómo ocurren los cambios psíquicos observados en el proceso analítico de un caso de sobreadaptación teniendo en cuenta los desarrollos teóricos mencionados y las observaciones de la analista? Debido a la metodología utilizada -cualitativa- la hipótesis funciona como guía del trabajo y contribuye a la detección, exploración y descripción de los cambios.

Material y Métodos

La presente es una producción cualitativa teórico/clínica que utiliza el diseño de investigación de análisis de caso único. Los cambios más importantes en la integración de aparato psíquico se estudian principalmente en base a los desarrollos teóricos de Klein (2015). Por otro lado, Liberman et al. (1986) se enfocan en las características de la persona sobreadaptada y en el fracaso simbólico de las necesidades interoceptivas y propioceptivas. Se incorporan los aportes de Meltzer (1979) acerca de la identificación adhesiva como recurso ante un déficit en la simbolización, de Bick (1969) que plantea la necesidad del bebé de tener una “segunda piel” cuando falla la propia piel como órgano unificador y de Bion (1963, 2006) y sus reflexiones sobre la formación del aparato para pensar entre otros conceptos.

En la teoría kleiniana el término posición se refiere a un agrupamiento específico de ansiedades, mecanismos de defensa, estado del yo y de un tipo particular de relación con los objetos (Baranger, 1976). La psicoanalista inglesa sostiene que, en el desarrollo normal, las ansiedades y los mecanismos de defensa contra aquéllas contribuyen a la integración del yo, lo que va generando las condiciones para un cierto predominio de la posición depresiva. No obstante, ciertas situaciones pueden remover ansiedades tempranas y poner en marcha mecanismos de defensa relativos a la posición esquizo-paranoide (Klein, 2015). Lo predominante en la posición esquizo-paranoide es la ansiedad paranoide y la escisión del estado del yo. Según Segal (1986) estas características son las que llevan a Melanie Klein a definir así esta posición. El objeto, en la teoría kleiniana, pasa a formar parte del

aparato a través de la identificación (Selisnoff, 1999) y no es tomada como lugar de descarga de la pulsión.

Al profundizar en el caso de sobreadaptación que es objeto de esta obra, se recurre a Liberman et al. (1986) ya que los autores exponen detalladamente las características de los pacientes psicósomáticos y su entorno familiar y, además, relacionan esa condición a la sobreadaptación al ambiente. Explican que esto ocurre por la importancia precoz que el niño le otorga a las percepciones exteroceptivas - las captadas por los receptores distales, la vista y el oído- que son los sentidos que más se relacionan con el ambiente. Este mecanismo funciona disociado de las necesidades anímicas y físicas, que son subestimadas, priorizando excesivamente aquéllas. De este modo, estos pacientes dedican una atención desmedida al objeto en desmedro de sus propias necesidades corporales y emocionales. Esto los expone a situaciones de salud a veces críticas, que podrían haber sido evitadas si se hubiera tenido el registro simbólico necesario. Se trata, entonces, de un fracaso en la capacidad de simbolización tanto de las señales corporales como de las emocionales. No logran decodificar los mensajes de su interioridad: dolores, ansiedad, cansancio, ira, opresión, ya que ese interior es sentido como extraño y se convierte en persecutorio.

Arbiser (2000) concuerda con lo anterior y hace énfasis en una mirada metapsicológica, analizando la función del ideal del yo en estos pacientes y la cultura actual de exitismo como un condimento significativo para el desarrollo de enfermedades psicósomáticas relacionadas con la sobreadaptación.

Con respecto al interior de la mente, Meltzer (1979) nos aporta la idea de espacio vital. Se refiere a la capacidad del psiquismo para vivenciar la tridimensionalidad y la experiencia del interior de la mente capaz de albergar fantasías a modo de ensayos de pensamientos. Aquellas personas que no han logrado ese nivel espacial funcionan en un nivel bidimensional. Esto supone una relación de superficie a superficie con los objetos lo que impide que las experiencias se traduzcan en la introyección de objetos para favorecer el desarrollo del aparato psíquico. La tridimensionalidad es condición necesaria para el establecimiento de la función

continente en el desarrollo saludable del psiquismo. Para que eso suceda, es necesaria cierta fuerza yoica de la que estos pacientes carecen. La función continente está relacionada con esa fuerza yoica capaz de cohesionar las partes de la personalidad. En línea con este autor, Bick (1969) se refiere a la necesidad del bebé de mantener unidas esas partes del self y destaca a la piel como el correlato físico principal encargado de hacerlo. Pero eso requiere que un objeto externo sea percibido como continente. Más adelante, la identificación con la función continente será el corolario de la no integración característica de las etapas más primitivas del psiquismo e instaura la idea de lo interno y lo externo. Si este proceso se ve perturbado, se desarrolla lo que la autora denominó una “segunda piel” como un sustituto que compensa la debilidad del yo para lograr tal cohesión. Este concepto nos introduce en el problema de la pseudo independencia desarrollada en detrimento de una dependencia sana del objeto. Para Meltzer (1979) esto implica aparentar la fuerza del yo que no se logró incorporar porque hubo un defecto en la idea de objeto como contenedor. La “identificación adhesiva” es descripta como un mecanismo mediante el cual el sujeto establece un tipo de dependencia adhesiva con el objeto que es percibido como no diferenciado. De esto resultan conductas miméticas, superficiales, dando la impresión de ser, el sujeto, poco inteligente y colocándose en una relación diminutizada con respecto al objeto. Es la madre ese objeto al que se le atribuirá la función continente, así como la piel real lo hace con el resto del cuerpo. Liberman et al. (1986) se han dedicado a la observación de bebés para poder enunciar los componentes etiológicos, entre otras contribuciones. Proponen que la falta de contacto con el bebé, el haber sido poco sostenido, tocado, acariciado, habersele permitido poca movilidad o haberle exigido progresos precoces tanto en la movilidad como en la alimentación y en el control de esfínteres pueden ser causas de que esta función psíquica no se haya desarrollado adecuadamente. Se producen, entonces, perturbaciones en las representaciones del cuerpo. El planteo de la díada self ambiental sobreadaptado y self corporal sojuzgado describe claramente la dinámica psíquica en estos pacientes. Los autores conciben al síntoma somático como una protesta de su self corporal

sojuzgado contra el self ambiental sobreadaptado. El cuerpo es sometido a las exigencias del ambiente que son introyectadas cruelmente.

En cuanto a la técnica psicoanalítica, varios autores (Liberman et al. (1986), Arbiser (2000), García (2000) Joseph (2004) advierten sobre los efectos iatrogénicos que puede tener una intervención que no contemple la posición de sometimiento de estos pacientes. Al respecto, las reflexiones de esta última sobre la complacencia en la relación de algunos pacientes con el analista se suman a esta advertencia técnica y ayudan a detectar la diferencia entre progresos en el análisis y la complacencia utilizada como resistencia al análisis. Son pacientes sumisos, evitan incomodar o contradecir al analista porque predomina la fantasía de que si eso ocurriera perderían un aliado o cómplice, junto con su apoyo, aprobación y amor o proliferaría la fantasía de ser atacados o cuestionados. El estar de acuerdo les otorga un ambiente seguro libre de ansiedades persecutorias, porque no toleran la idea de conflicto con el objeto. Estas manifestaciones dan inicialmente al analista la idea de proceso, pero son justamente las que deben ser tenidas en cuenta e interpretadas adecuadamente si el objetivo analítico con ellos es que realmente logren tener una mente y pensamientos propios. Más adelante, cuando se describa la relación de estos pacientes con el encuadre, se verá cómo gestionan esta tensión y qué debe el analista tener en cuenta para evitar profundizar la escisión del yo del paciente.

Presentación del Caso Julieta

Se presentará a la paciente y se describirá la realidad psíquica al inicio del tratamiento y los aspectos en los que se encontraron cambios significativos al final del período estudiado. Con el fin de lograr claridad y orden se desarrollarán de manera separada. No obstante, es necesario tener en cuenta que estas mutaciones no ocurren aisladamente, sino que se interconectan y se influyen entre sí. Se espera que esta clasificación sea útil para que el lector pueda identificar las transformaciones ocurridas en la vida de Julieta y que las observaciones realizadas aporten conocimiento acerca de los análisis de casos de sobreadaptación.

Sus padres se casaron cuando su madre tenía diecinueve años y su padre dieciséis, relato que remata con la frase: “Y yo en la panza”. Vive con ellos y sus dos hermanos como durante toda su vida. Formó su familia con Andrés y tuvieron dos hijos en esa misma casa. Al iniciar su análisis, se había separado y mantenía una relación muy hostil con el padre de sus hijos. Julieta describe a su padre como sensible y protector, pero impulsivo y agresivo. Padre e hija compartían la merienda todas las tardes, ‘como marido y mujer’. Estos rituales cotidianos erotizados consistían en masajes y charlas íntimas que incluían consejos sexuales cuando estaba en pareja con Andrés. A su madre la percibe como generosa y cálida, pero invasiva y crítica, sobre todo en relación a la crianza de sus hijos, por lo que Julieta se siente evaluada y desautorizada, a la vez que depende de su ayuda para cuidar a sus hijos. La paciente describe un entramado de reglas limitantes impuestas por su padre a toda la familia, sobre todo a Julieta y sus hermanos. Vigila cada elección y desaprueba la idea de alguno de los hijos de irse a vivir solos: “Si acá tienen todo”.

Se siente agobiada con lo cotidiano de sus hijos a los que inscribe en actividades extraescolares casi todos los días. Se queja de la escasa ayuda del padre y de que éste la desautoriza acordando horarios con el hijo mayor o con su madre. Trabaja en un laboratorio donde, a pesar de ser reconocida por su progreso, su condición laboral es precaria e informal, pero ella no se anima a pedir la retribución que cree que le corresponde. Este año sumó un trabajo los fines de semana y retomó sus estudios de bioquímica, por lo que se siente agotada. En lo cotidiano, intenta ser disciplinada y coordinar sus actividades con las de sus hijos, pero planifica al límite de tiempos y esfuerzo y dependiendo de sus padres o de Andrés. Tanto en su trabajo, como con sus padres, con el padre de sus hijos y con su actual pareja, no se cree capaz de entablar un diálogo: “Se me hace un nudo, me da taquicardia, me quedo muda”.

Está en pareja con Carlos, relación que comenzó en secreto ya que éste estaba casado con la hermana de Andrés. El padre de Julieta, al enterarse, violentó la casa de Carlos y agredió físicamente a éste y a su esposa. A Julieta la amenazó con

echarla de su casa y le advirtió: “A tus hijos no te los llevás” y dejó de hablarle a modo de un destierro simbólico. Esto la llevó a consultar, ya que era intolerable para ella esa distancia afectiva. “Vengo porque toqué fondo”. Julieta tenía 30 años al momento de la consulta. Empieza su tratamiento en julio de 2020 con dos sesiones semanales. Durante los dos primeros años de análisis, ocultaba a su familia la relación con Carlos escapándose de la casa a la noche o mintiendo. Cuando Carlos finalmente se separa comienza a demandar más tiempo con ella. Ante esta presión, decide terminar la relación de una manera dramática ya que no ve solución, aunque vuelven a verse a los pocos días, siendo esta mecánica recurrente. Recién en el tercer año de trabajo, pudo blanquear la relación con Carlos ante sus padres. Se lo comunicó a su madre, y luego de un largo tiempo a su padre, antes de irse de viaje con Carlos, a oscuras, mientras éste dormitaba y con frases sin terminar y palabras sin decir. Con Carlos últimamente disminuyeron las rupturas dramáticas con que se amenazaban mutuamente, aunque se siguen alternando reclamos de atención y escenas de celos.

Análisis y Elaboración de las Observaciones Realizadas

Algunas Consideraciones del Ambiente

Se observa la semejanza de esta configuración familiar con lo que Bion (1963) definió como un grupo de supuesto básico de dependencia: todos le adjudican al líder, padre de Julieta, una superioridad que justifica el sometimiento. Este funcionamiento parece ser un escenario propicio para la adopción de mecanismos de sobreadaptación para personas como Julieta. La relación con Carlos representa una traición digna de ser castigada. Elegir cómo, dónde y con quién vivir es motivo suficiente para ser desterrado como un traidor. Es porque ella las adoptó como certezas incuestionables que, cuando el padre la echa pero le advierte que sus hijos se quedan con él, ella lo acepta y se angustia porque la palabra del padre es un hecho para ella. No se permite la reflexión y el cuestionamiento. “Tienen por holding un corsé”, en palabras de Liberman et al. (1986, p. 74). Se considera que el padre

de Julieta es una persona impulsiva que instala reglas arbitrarias y que las hace cumplir, a pesar de, o gracias a un déficit comunicacional importante: le indica a Julieta si está haciendo lo correcto con gestos de aprobación y cercanía física excesiva o momentos de intimidación, por el contrario, le marca las faltas con gestos duros de desaprobación, distancia física y afectiva, diálogo nulo y ataques de ira. Según estos autores, la hostilidad en esta configuración vincular no tiene otro camino que la somatización. Por su parte, se puede pensar que la madre de Julieta es una “madre que rebota” (Liberman et al., 1986. p. 66) ya que carece de la empatía necesaria para decodificar las ansiedades y contener las emociones. La relación que se da entre los tres es la de coaliciones que dejan a alguno afuera. Se recuerda al lector que Julieta cuenta que se casaron muy jóvenes y “yo en la panza”. Pareciera persistir la idea de un matrimonio de tres, pero que, a la vez, intentan separar a uno para sentirse más fuertes adheridos al aliado. Se comprende la dificultad de Julieta para construir la noción de privacidad en este contexto familiar. A fines del segundo año de tratamiento Julieta alcanzó algunos objetivos que se había propuesto: obtuvo mejoras en las condiciones laborales, se reinscribió en la universidad aunque proponiéndose un plan un poco ambicioso, puso límites a su madre sobre la crianza de sus hijos y se permitió pedirle ayuda. Al tener que ir a la facultad necesitaba que el padre de sus hijos se ocupara algunos días de ellos. Con mucho esfuerzo y ansiedad logró negociar días y horarios con éste. Comenzar los estudios le impedía cumplir también con la demanda de atención de Carlos, pero con el tiempo pudieron acordar un modo de acompañarse y respetar los proyectos de cada uno.

Hacia una Integración Psíquica

Al inicio del tratamiento, se observó una desintegración tanto yoica como de sus objetos, característica de la posición esquizo- paranoide (Klein, 2015). Éstos y ella misma eran en extremo malos o en extremo buenos. El desarrollo del yo y las relaciones de objeto dependen en alto grado de la capacidad de lograr un equilibrio entre la proyección e introyección (Segal, 1986). Sin embargo, en situaciones de

mucha ansiedad, estos mecanismos son utilizados por Julieta como recurso defensivo proyectando lo malo en los objetos e introyectando lo bueno.

Le resultaba intolerable reconocer aspectos buenos en los objetos hostiles, ya sea en su padre, en su madre, en su pareja, hasta en sus propios hijos. Y, a la inversa, no podía tolerar aspectos no deseados en ella. Eso significaba, en su lógica binaria excluyente, típica de la posición esquizo-paranoide, quedar del lado de los malos. En ocasiones en que el padre de sus hijas tuvo una actitud de cuidado, respeto y responsabilidad quedó descolocada y enojada como si se derrumbara su propia identidad. Se podía inferir en Julieta un yo rudimentario, lábil, desorganizado e inmaduro, muy expuesto a la polaridad de los instintos y al impacto de la realidad a la que tendía a someterse. Ante la frustración, perdía el equilibrio entre las pulsiones libidinales y agresivas, reforzándose las agresivas, ligadas al instinto de muerte. Klein (2015) sostenía que ante tales desequilibrios, el yo inmaduro deflexiona el instinto de muerte, dirigiendo parte a sus objetos y parte al mismo yo. Por un lado, era notorio cómo el yo inmaduro de Julieta proyectaba en sus objetos parte del instinto de muerte: los percibía como malos, amenazantes y causantes de sus privaciones, lo que daba origen a un sentimiento de persecución. Le atribuía al padre el poder de decidir sobre su vida amorosa y la crianza de sus hijos, se sentía criticada y desautorizada por la madre, desaprobada por sus hermanos, abandonada por Carlos, odiada por Andrés, abusada por sus empleadores, abrumada por la vida. La otra parte del instinto tanático quedaba en el yo y se convertía en agresión contra esos objetos perseguidores. Manifestaba rabia que no podía expresar, “se me hace un nudo en la garganta, no puedo hablarles”, a la vez que tenía fantasías de someterlos a su propio interés o de resolver su angustia de manera dramática y rebelde. Imaginaba conversaciones con su padre en las que “le tiraba la bomba y se iba”, dejándolo herido, se irritaba con su madre cuando ésta interfería en las decisiones sobre sus hijos o acordaba cuestiones cotidianas con el padre de éstos a sus espaldas. Ante diferencias con Carlos, negaba su afecto por él y se quería convencer que no quería continuar con la relación. En muchas ocasiones la terminaba de forma abrupta, liberándose así de la presión que

significaba establecer un vínculo que sentía como demandante y controlador. Sin registro de estas emociones, a los pocos días volvía con él y, ante el temor de ser juzgada por la analista, se excusaba magnificando las virtudes de Carlos y justificándose por no poder estar sin él. Este sentimiento persecutorio hacia la analista la llevaba, en el primer año de análisis, a no acudir a las sesiones para evitar el sermón que iría a recibir. Con el padre de sus hijas no lograba tener diálogo, situación que ella le atribuía a él, porque la odiaba. No era posible para ella advertir que percibirlo hostil, le daba una sensación de control sobre él. En realidad, mantenía controladas sus partes malas proyectadas en él. A Julieta le costaba encontrar en su mente un término medio, un campo de acción con reglas, respeto y privacidad, donde se contemplen matices, grados. O se somete y agrada sintiéndose aceptada y querida pero tonta, o impone su capricho y se siente mala y traidora.

Así como, en la posición esquizo-paranoide, la proyección de sus aspectos malos recae en los objetos, también éstos son idealizados. La idealización es un mecanismo característico de la relación temprana con el objeto bueno, interno y externo, para mantener a salvo al objeto ideal del objeto persecutorio (Klein, 2015). Julieta tenía expectativas mágicas acerca del comportamiento de los otros y les solía atribuir la habilidad de saber qué era lo mejor, quedando ella en una posición infantil de ignorancia e incapacidad. Todo o nada, bueno o malo, sometida o rebelde. Las fantasías que aplacaban su angustia se desplegaban alrededor de la idea de que los demás la comprendan y la dejen vivir su vida ya que no concebía ninguna posibilidad de hacerlo sin su aprobación. Si la persecución era muy intensa, esta idealización también lo era y era acompañada de la negación mágica omnipotente de la misma persecución, basada en la fantasía de aniquilamiento del objeto perseguidor (Segal, 1986). En Julieta esta fantasía aparecía reiteradamente al principio del análisis en la idea de que desaparezcan sus padres, su pareja, el padre de sus hijos.

La falta de integración, la escisión y desorganización del yo, el uso de mecanismos como defensas ante abrumadoras angustias de aniquilamiento la sumergían en una

dinámica polarizada sometimiento-rebeldía, perseguida-agresiva, propia de la posición esquizo-paranoide. Sin embargo, a medida que avanzaba su análisis pudo ir admitiendo la sensación poderosa que le brindaba arreglarse sola y reconoció lo difícil que le resultaba aceptar que el padre de sus hijos tenía, a veces, actitudes responsables y adecuadas. Se consideran estos movimientos como indicadores del abandono de defensas arcaicas y la adopción de una actitud de tolerancia de la ambivalencia tanto yoica como de sus objetos. Para que la posición esquizo-paranoide dé paso a la posición depresiva, es necesario que las experiencias buenas predominen sobre las malas para que se experimente que el propio instinto de vida prevalece sobre el de muerte y que el objeto ideal prevalece sobre el perseguidor (Klein, 1975). Julieta empezó a comprender mejor su realidad psíquica, pudiendo percibir lo bueno en sus objetos sin que ello signifique que ella quedaba despojada de aspectos deseables. Fue percibiéndose ella misma y a sus objetos de un modo más integrado. Con quien primero pudo ejercitar esta nueva posición subjetiva fue con la madre. Empezó a confiar más en su criterio para criar a sus hijos y a hacerlo respetar frente a aquélla, sin que eso implique una desaprobación intolerante. Pudo ponerle límites en relación al padre de sus hijos, asumiendo ella misma la coordinación de horarios de éstos. Logró discriminar entre la ayuda de la madre, de la cual dependía, y la capacidad de criar. Si bien con el padre el acercamiento demoró casi dos años más, asumía su independencia y sus decisiones sin sentirse tan culpable. Dejó de escaparse para ver a Carlos y podía informar a su familia sus planes. Aparecieron sensaciones nuevas en ella. El ejercicio de su elección de objeto exogámica dejó de angustiarla como si estuviera traicionando al padre. Era capaz de diferenciar el secreto de la privacidad lo que la llevó a no necesitar dar explicaciones, sorprendiéndose a ella misma. Pudo ver que su libertad no dependía de la hostilidad de los otros sino de aspectos propios que requerían una elaboración, lo que evidencia la disminución de la proyección de su propia agresividad sobre los objetos. Esto, junto con una menor escisión del yo hace que los procesos integradores se hagan más estables (Klein, 1975). Con respecto al padre, Julieta lo percibe de un modo más integrado, aceptando las limitaciones

de éste en cuanto a su control emocional y a la dificultad para dialogar. Incluso empezó a preocuparse por su salud, lo veía triste y abusando del alcohol más que antes. Este odio y este amor dirigidos ahora a la misma persona la enfrentan con su propia ambivalencia, reconociendo que sus propios impulsos destructivos van dirigidos a esa misma persona que ama, aumentando así la introyección.

Si bien la posición depresiva nunca se elabora completamente y cualquier pérdida puede despertar ansiedades originadas en la posición esquizo-paranoide, Julieta está en mejores condiciones de elaborar su realidad psíquica y enfrentar esas ansiedades con creatividad.

De la Sobreadaptación a la Simbolización

En este caso de sobreadaptación, las observaciones analizadas desde el punto de vista kleiniano se enriquecen con la mirada acerca de los pacientes sobreadaptados de Liberman et al., 1986) que enuncian:

“Privilegian en exceso el ajuste a la realidad exterior, el rendimiento y el cumplimiento de exigencias, lo que unido a una ausencia de conexión con los mensajes emanados del interior emocional y corporal, nos llevó a definirlos como personas que padecen de cordura” (p. 13).

Julieta es una de esas personas descritas por los autores que someten su self corporal a un self ambiental sobreadaptado. Se autoexigía para cumplir con las expectativas que proyectaba en sus objetos y vivía al límite, como señalan los psicoanalistas mencionados, huyendo hacia la salud. Daba la impresión de tener que vivir mil vidas en una para complacer a todos. El escaso o nulo registro del cansancio, de dolores físicos, de síntomas somáticos de alerta, la llevaba sistemáticamente a colapsar. A menudo se enfermaba, se quedaba dormida exhausta, tuvo que someterse a una intervención quirúrgica de “urgencia” por una hemorragia ginecológica que llevaba semanas. En una ocasión le pegaron un palazo cerca de un ojo jugando al hockey y varias veces comentaba torpezas, por estar siempre apurada, en las que se golpeaba o caía, sin darles mucha importancia. En este contexto de conductas autodestructivas, se puede pensar junto

a los autores citados en una tendencia a la accidentofilia. Estos hechos corresponden a la irrupción de su self corporal sojuzgado que protesta, pero cuyo mensaje no puede ser simbolizado. Pero sí tiene una función importante, que es denunciar y poner en duda la omnipotencia de la sobreadaptación.

Si coincidimos con los autores en que, en el desarrollo, el aparato simbólico se encarga de convertir las señales corporales en sentimientos y pensamientos para ser decodificados, se puede observar cómo su psiquismo fracasa en este proceso. Por un lado, subestimando los mensajes de los receptores enteroceptivos y, por otro lado, acelerando el ajuste entre las percepciones exteroceptivas distales y la conducta. Este privilegio otorgado a las señales exteroceptivas lleva a pacientes como Julieta a adoptar conductas de memoria e imitativas sobreadaptándose al ambiente en desmedro del registro de las sensaciones corporales. Se disocian de su propia interioridad. También fracasa el proceso de simbolización, ya que los ajustes que realizan no se deben a elaboración de ansiedades ni a la interacción entre mecanismos de proyección e introyección, sino que se llevan a cabo mediante identificaciones adhesivas. Al respecto, gracias a los aportes de Bick (1969) y Meltzer (1979) se puede inferir las fallas en el desarrollo de una interioridad. Julieta había mantenido hasta que empezó a analizarse, la idea de un padre muy bueno, trabajador y protector sin poder admitir su agresión, su déficit comunicacional, su escaso control de la ira y los desbordes con el alcohol. Esta idealización funcionaba como defensa para no aceptar que este padre tan bueno, carecía de atributos adultos emocionales que pudieran contener las necesidades emocionales de ella. Asimismo, se puede pensar que la madre, percibida como sumisa, temerosa y sometida a la inminente ira de su marido, tampoco era un continente que pudiera realmente comprender la complejidad de sus sentimientos y de sus ansiedades. Por tanto, se expresa así la primer perturbación en el camino hacia una interioridad con la consiguiente incapacidad de simbolizar los estímulos provenientes de su cuerpo y de sus emociones, o sea de su interior. En el espacio analítico se observó cómo Julieta necesita y busca incansablemente un objeto capaz de contener sus partes fragmentadas. Se pega a la analista, como invisibilizando diferencias y acepta

sumisamente las interpretaciones¹. Pero en realidad establece una relación superficial, en el sentido de lo bidimensional, ya que no concibe la idea de interioridad. No hay interior emocional que puede ser registrado, simbolizado. Busca a otro, que le otorgue unidad, que le diga qué está bien y qué está mal, quién es, quién debe ser. Al no haberse cumplido esta etapa en la que se haya construido una interioridad, un espacio vital (Meltzer, 1979) busca, mediante la imitación y la adhesión al objeto, mantener sus partes del self unidas. En el desarrollo normal, la identificación, como función continente, se espera que ponga fin al estado de no integración, sin embargo en Julieta se piensa más en la edificación de una segunda piel, como el reemplazo posible dada la falta de fuerza del propio yo para mantener las partes de la personalidad cohesionadas. Julieta debe ser igual que cada uno de sus objetos, no diferenciarse en nada de ellos, no tener conflicto ni opiniones diferentes ni tomar decisiones que los demás desaprobaban. Éste es el tipo de identificación basado en una dependencia adhesiva con el objeto que describió Meltzer (1979). En el caso de Julieta se observa notoriamente cómo se autopercibe más tonta, menos capaz y más pequeña que sus objetos.

Se infiere que, en lugar de darle significado emocional a sus experiencias vitales, ha construido una fachada simbólica que le sirvió para funcionar. Cuando una situación tan angustiante como el odio que siente del padre, entre otras, le muestra que esa fachada no la sostiene más, se hacen necesarias adaptaciones y transformaciones verdaderas.

Tras un largo camino terapéutico, Julieta pudo darse cuenta cómo interpretaba los mensajes de sus objetos significativos. Para ella eran órdenes cuyo incumplimiento significaba el fin del vínculo. De a poco pudo despojar de exigencia los mensajes provenientes de su familia y de su pareja y así empezar a establecer un interior y un exterior, un límite. Al estar en contacto con sus emociones, registrarlas y nombrarlas, también fue capaz de decir no y de pedir ayuda, sin que esto provoque un sentimiento de invalidez. La relación con su madre fue la punta de lanza que

¹ Este tema se desarrolla en el apartado: Notas sobre la transferencia y la contratransferencia.

abrió camino para que pueda ejercitar ese nuevo sí mismo con el resto. Aceptaba su ayuda con sus hijos, le pedía que los cuide para salir con Carlos y pudieron establecer una relación más profunda emocionalmente a partir de conversaciones que admitían contradicciones y tensiones. Julieta empezó a experimentar orgullo por los cambios propios y por lo que generaron en su madre, como si hubiera irradiado en ésta una nueva manera de pensar. Paralelamente, se instala en Julieta un mecanismo de regulación del dar y recibir. En lugar de estar ofreciendo gratificaciones a costa de vaciarse a sí misma, empezó a vislumbrar la posibilidad de apropiarse de su propia vida, con la libertad de acción que eso significa, pero también renunciando a las ventajas de delegar funciones en los otros.²

Si antes sus planes estaban condicionados por el estado de ánimo o los gestos de su padre, por el humor familiar o por la demanda de Carlos, hacia el final de este tramo de su análisis fue capaz de independizarse de aquello. Abandonó conductas que implicaban hipotecar su vida en pos de satisfacer a los otros y comenzó a construir una interioridad en la que se pudieran alojar fantasías a pesar de que esto le generaba ansiedades de separación. Prueba de ello es el permiso que se empezó a dar de imaginarse en el futuro, recibéndose, yéndose a vivir con sus hijos a una casa propia, planificar vacaciones con Carlos y hasta una vida juntos. Esta incipiente capacidad de imaginar se veía truncada por la imposibilidad de frustrar a sus objetos.³ En cambio, en los últimos tiempos de este período analítico, se abrió ante ella un mundo de posibilidades libre de sentimientos intolerables. Como si descubriera que es adulta y que sus decisiones y sus deseos, si bien frustran al padre sobre todo, no significan que ella es traicionera y desagradecida. En una ocasión festiva familiar en su casa, un primo de ella comenta que estaba ahorrando

² Este tema se amplía en el apartado: Capacidad de frustrar a los objetos, renuncia al self idealizado y a los beneficios secundarios de la sobreadaptación

³ Este tema se amplía en el apartado: Capacidad de frustrar a los objetos, renuncia al self idealizado y a los beneficios secundarios de la sobreadaptación

para irse a vivir solo. El padre de Julieta pasaba por ahí y ante ese hecho, le dirigió a ella una mirada desaprobatoria, ridiculizante y amenazante. Ella se paralizó. Más tarde en su análisis comentaba lo ridículo que le parecía quedarse a vivir con sus padres para siempre. Surge algo necesario en el progreso que es la egodistonia con respecto a estas reglas endogámicas y rígidas. Comienza a cuestionarlas y, sin enojarse tanto, a poder, a pesar de todo, empezar a pensar su vida de acuerdo a sus objetivos. Al principio abandonaba las materias de la facultad por falta de tiempo, cansancio o porque Carlos le demandaba tiempo. Más tarde logró crearse ese tiempo-espacio para estudiar e ir a la facultad y pudo hacerlo respetar diciendo que no. Se va originando en Julieta un interior en el que conviven deseos, frustraciones y contradicciones y sobre todo, un aparato para pensarlos.

Pensamiento propio

En las sesiones del primer año, predominó una forma de pensar desorganizada y confusa. Julieta, como los pacientes con trastornos psicosomáticos, hacen poco uso de los símbolos para elaborar procesos psíquicos y sus asociaciones son pobres (García, 2000). Comenzaba las sesiones con latiguillos como “acá ando” o “vengo porque toqué fondo”. Siguiendo a Bion (2006) podemos detectar en Julieta una perturbación en la formación de un aparato para pensar los pensamientos. La frustración ante la no presencia de la satisfacción esperada no era registrada, dicho de otro modo, ante la frustración no elaborada, el aparato servía más para eludirla que para modificarla. El escaso registro emocional de Julieta que se viene describiendo es, de algún modo, la manera de eludir aquello intolerable. Como dice el autor, no se percibe una distinción entre el yo y el objeto debido al predominio de la identificación proyectiva. El exceso de este mecanismo produce omnipotencia e impide el desarrollo de la función alfa. Se puede pensar acá en algo similar a lo que se describió en cuanto al proceso de simbolización. Se infiere una dificultad de los padres de Julieta en transformar los datos sensoriales en elementos digeribles, por el contrario, según su comportamiento irascible-del padre-y sumiso- de la madre, se puede suponer que lejos de otorgarle significado a esas sensaciones, lo que ella ha

recibido a cambio es más bien el vaciado de ese significado con el correspondiente terror sin nombre. Se ha observado durante estos años ese vaciamiento de significado de los deseos manifestados por Julieta. La reacción violenta del padre al enterarse de su relación con Carlos e ir a romper parte del frente de su casa y agredir a su esposa son muestra de ello. La censura a su deseo era ejecutada violentamente por el padre. Así como el posterior rechazo y desacreditación de los sentimientos de Julieta, como negándoles veracidad, que sostuvo el padre por más de dos años. Esto y su sumisión se convertían en una fórmula perfecta para que se instale un sentimiento de vacío y confusión.

Al principio, Julieta no registraba que funcionaba según imperativos ajenos. Esto le impedía actuar según un juicio propio, por el contrario, se sometía a un ideal de yo tiránico (García, 2000) En este último año, hubo sesiones en las que pudo observar el particular curso de su propio pensar, aunque de forma provisoria e intermitente. Parece descubrir la propia capacidad de pensar como si antes hubiera delegado esa función en objetos a los que le adjudicó la exclusiva sabiduría para hacerlo. Uno de los hechos que ilustran progreso en este sentido es el modo en que inicia sus sesiones. Comienza transmitiendo ideas que parecen ser continuaciones de pensamientos previos, procesados en soledad, que quiere volver a pensar con la analista; en lugar de las vacilaciones previas, palabras sueltas y frases inconclusas. Comunica su estado de ánimo y logra identificar sus emociones con mayor facilidad que antes, cuando sólo podía decir que se le hacía un nudo en la garganta o temblaba. Puede detenerse a pensar en el modo en que se relaciona con el mundo, con sus objetos y con ella misma. Una parte del trabajo analítico consistió en desacoplar algunas equivalencias que sostenía con una fuerte certeza. Ahora, a sus treinta y tres años, se permite diferenciar privacidad de mentira o secreto, y pensar que el ejercicio de la libertad no es una traición ni la condena a un destierro simbólico del universo familiar.

Capacidad de frustrar a los objetos, renuncia al self idealizado y a los beneficios secundarios de la sobreadaptación

La dificultad de Julieta para frustrar a las personas es resultado de la sobreadaptación. Esta tendencia a encajar en lo que los demás quieren de ella lucha con la necesidad de expresar lo que quiere. Su parte sobreadaptada instala la equivalencia de que actuar según su propio criterio es ser mala, egoísta, traicionera. Hacerlo - en su mundo interno – es motivo suficiente y justo para ser rechazada por quienes ama, resultado intolerable para Julieta, quien se ubica mayormente en una posición infantil, dependiente e insegura. Esta misma parte sometida le impide registrar cuando el otro – su padre, su madre, Andrés, Carlos, sus empleadores – le hacen daño.

La sobreadaptación de Julieta se sostiene en parte por beneficios secundarios altamente valorados por ella. Sobreadaptarse le permitía una cercanía privilegiada con su padre, ser su confidente y borrar cualquier diferencia o conflicto que pudiera surgir si ponía límite a su privacidad. Evitar tensiones le daba la ilusión de unidad, de armonía y de amor incondicional, cuya pérdida era intolerable para Julieta. A estos beneficios se sumaban la idea de estar siempre cuidada, protegida, eximida de tomar decisiones y de asumir riesgos. Decir que no, implicaba perder ese lugar ideal en el que cree estar.

Hacia el final de este período de análisis, parece transitar un proceso de renuncia a estos beneficios en pos de la libertad y la responsabilidad de ejercer su adultez. Surgen nuevas ansiedades producto del registro de sentirse separada del objeto y el miedo a perderlo o a perder su lugar en él. A pesar de ello, el espectro de posibilidades que se le fue ofreciendo funcionó como un motor para intentar conciliar diferencias sin renunciar a su verdadero self y seguir explorando su interior e ir encontrando formas propias de vivir. La discriminación entre mentira y privacidad le provocó una fuerte autocrítica sobre el modo anterior de funcionamiento. En una sesión manifestó no poder creer la intimidad que mantenía con el padre, “¡Como si fuéramos marido y mujer, qué vergüenza!” La idea de privacidad le permitió vivir con más libertad y autonomía. Si bien estas conquistas entran en conflicto con el funcionamiento familiar, sobre todo en cuanto a la relación con su padre que desapruueba la relación con Carlos, ella la sostiene sin ser invadida por la culpa.

Se podía ver cómo el privilegio de su conveniencia en detrimento de la necesidad de aprobación estaba en continua tensión. Si bien persiste su necesidad de estar de acuerdo con algunos objetos, cada vez menos se preocupa por conformar a todos, incluso a su padre. Se ha observado en el transcurso del análisis la incipiente capacidad de Julieta de tener un self cortés y socializado, y también un self privado sólo accesible a la intimidad (Winnicott, 1964). Como refuerza el autor en 1975, “sin andar con el corazón en la mano” (p. 173). Subordinar el falso self al verdadero fue algo muy liberador para Julieta. Parecía jugar a ser adulta, como algo novedoso, viviendo sus experiencias sin culpa ni necesidad de justificarse a pesar de la desaprobación.

Cuando comenzó su análisis, no era capaz de imaginar escenas futuras deseadas. Porque eso la hacía sentir egoísta y culpable. Al intentar anticipar e imaginar escenarios posibles aparecían fantasías catastróficas como la pérdida del amor del padre, la desaprobación, decepcionar, perder a sus hijos al ser desterrada del ámbito familiar lo que le generaba ansiedades profundas como el terror sin nombre descrito por Bion (2006).

Para la época en que inició su análisis pensaba “No, aunque pudiera irme a vivir sola con mis hijos, no podría decirle a mi papá que me voy. Ya sé que está mal. Pero no puedo, se muere. No me habla más.” Es posible imaginar la forma en se pudo haber cimentado el falso self de Julieta en su infancia. Según Winnicott (1975) un niño cuya madre es incapaz de adaptarse a sus necesidades emocionales se ve llevado a adoptar una posición sumisa. Para este autor la sumisión es el rasgo principal en un ser falso que crece ocultando al verdadero self. Y agrega que la imitación vendría a ser una especialización de ese mecanismo. Julieta apela a un falso self a modo de defensa contra una angustia intolerable y catastrófica. Ésta aparece frente al temor de perder el amor de sus objetos. Vivir según sus propios deseos y elecciones implicaría esa pérdida terrorífica. Ante la imposibilidad de tener gestos espontáneos, manifestaciones de su self verdadero, su vida se tornaba irreal e inútil.

Aparición de enojo y vergüenza

El poco registro de las emociones que tienen estos pacientes es producto de la preponderancia otorgada a los receptores distales en detrimento de los proximales. Es por eso que la aparición, el registro y la manifestación de algunas emociones se consideran de gran interés para su tratamiento. Para justificar esta importancia se acude a Liberman et al. (1986) quienes sostienen que la sumisión es el síntoma principal de estos pacientes, que privilegian las señales provenientes del ambiente y que desarrollan una exquisita capacidad de detectar lo que desean de ellos y se esmeran hasta enfermar por complacerlos. Como esto sucede también con el analista, Joseph (2004) advierte acerca de la ilusión de progreso que estas características pueden provocarnos. Es por esta cualidad de ser fácilmente distinguibles que la detección de emociones nuevas se torna en una herramienta valiosa para que el analista pueda corroborar que hay un progreso analítico en curso. En otras palabras, dada la dificultad de diferenciar, a veces, en un tratamiento, complacencia de insights, detectar emociones que emergen se convierte en una señal de progreso casi inconfundible.

Específicamente dos emociones aparecieron como novedosas en el último año: el enojo y la vergüenza. En cuanto al enojo, Julieta no sólo no se permitía manifestarlo, sino que se deduce, en base a la teoría antes descripta, que no había ninguna posibilidad de albergarlas, mucho menos de registrarlas. La sumisión, como mecanismo de supervivencia para poder estar pegada a sus objetos, sofocaba todo contacto con su interioridad. Vale aclarar que, al principio, no era enojo lo que sentía por la censura que reinaba en su casa paterna, sino una confusión por tener un self ambiental sobreadaptado al sistema familiar con la idealización de las figuras parentales. Idealización tanto de sus aspectos buenos como malos. Estos últimos son los que inhiben, seguramente, la aparición del enojo por miedo a la represalia. Finalmente el enojo hacia ella misma, hacia los padres y otros objetos aparece en sesión, probablemente por la fortaleza que le atribuye a la alianza fantaseada con la analista. Primeramente se observó un autoreproche dirigido hacia sí misma por haber idealizado a sus padres sin poder ver que ellos también podían fallar, y que

no siempre era ella. La ira destinada a los padres y a todo aquel de cuya aprobación y permiso antes dependía no tardó en llegar. Era un darse cuenta tras otro hasta reírse de sí misma por el sojuzgamiento al que se sometía. Lejos de fantasear con un “tiro la bomba y me voy”, el progreso en este sentido se hace notorio en cuanto hay un registro de que ella misma se desconectó de lo que sentía y priorizó a los otros, pudiendo así realmente aprender de sus vivencias para generar verdaderas transformaciones. Con la madre ha podido enojarse cuando ésta se atribuía poder en las decisiones de crianza de sus hijos. Pudo poner algunos límites de forma brusca primero, pero que luego se instalaron y rigen al día de hoy. En cuanto a la vergüenza se dirán algunas pocas palabras. Se considera que el surgimiento de esta emoción también reviste importancia técnica por dejar en evidencia la prolongada relación edípica con su padre. Al relatar que pasaban sus tardes juntos, “como marido y mujer” y que compartían “más que con mi mamá” comenzó a recordar algunos rituales y simultáneamente empezó a sentir vergüenza que la hizo callar. Los rituales consistían en limpiezas de cutis, masajes, charlas sobre la sexualidad de Julieta cuando estaba con el padre de sus hijos y acerca de lo cual el padre preguntaba cómo estaban y ofrecía consejos. Acá se destacan dos hechos: el registro de la emoción vergüenza, por un lado, y la resignificación de esos rituales sexuales. Estos avances en su análisis contribuyeron en gran medida a la discriminación entre mentira y privacidad que se describió anteriormente.

Notas sobre la transferencia y la contratransferencia

Lieberman et al. (1986), hacen énfasis en que el abordaje terapéutico con pacientes sobreadaptados debe apuntar a que su modo de ser les resulte egodistónico y que logren decodificar las señales emocionales y corporales que están silenciadas en desmedro de un ajuste excesivo a la realidad. En el espacio analítico Julieta no parece percibirse como poseedora de las cualidades adultas necesarias para tomar decisiones correctas y necesita obtenerlas de su analista. En su vaivén emocional, la analista es tomada como única aliada. Como consecuencia de haber alcanzado ciertos logros, se siente poderosa y busca aprobación y admiración. En circunstancias en las que la realidad no la complace, se siente rechazada, temerosa,

ignorante, paralizada y atrapada y recurre al análisis en busca de aceptación, valor, sabiduría, energía y salida para avanzar. Por otro lado, frecuentemente se torna necesario buscar conexiones entre eventos ocurridos y los cambios en su estado de ánimo ya que no parece tener registro de los propios cambios ni de qué los desencadenó. Como explican los autores, la función historizadora del análisis en estos pacientes es de suma relevancia técnica. A lo largo del primer año de tratamiento, las sesiones comenzaban con muletillas seguidas de relatos interminables de cuestiones cotidianas a las que no le encontraba solución. Adoptaba una actitud evacuativa y poco reflexiva. Hacia fines del segundo año de análisis, comenzaba sus sesiones con invitaciones a pensar juntas sus problemas, reconociéndolos propios y sin tener que recurrir a la evacuación – en la analista- de sus aspectos malos. Estas sesiones - cada vez más frecuentes - se caracterizan por la aparición en Julieta de una mirada más clara acerca de su posición frente a los otros, por un mayor contacto con la realidad y por la expectativa de poder tener una voz propia, la posibilidad de escribir una historia con su propia letra sin sentirse mala y traicionera. Asoman de modo efímero, indicios de tolerancia de sus propias partes malas, y, a su vez, de partes buenas de los otros.

La sobreadaptación llevaba a Julieta a adoptar una actitud de complacencia con la analista. Su espacio analítico era utilizado para fortalecer la alianza con ésta, confirmar la continuidad de un acuerdo entre ambas, encontrar apoyo y aprobación sin ser juzgada o rechazada. La capacidad de mostrar disconformidad, desacuerdo y enojo está subordinada a adivinar lo que la analista espera de ella. Al detectar la analista que esta complacencia en realidad funcionaba como una transferencia negativa se realizaron cambios técnicos dirigidos a analizarla específicamente. Fueron apareciendo preguntas acerca de ese modo de ser tan sumiso y de lo vital que resultaba para ella evitar los conflictos ya que eran insoportables.

La contratransferencia en los primeros años de tratamiento estuvo teñida de impotencia y la tentación de ofrecer modelos de acción y de comunicación que contemplase matices en lugar de sus fantaseadas medidas extremas. En ocasiones fue muy difícil ocultar la frustración por las decisiones de la paciente ya que todo

indicaba al analista que eran producto de la manipulación de ciertas personas a las que se seobreadaptaba y no resultado de una evaluación autónoma y auténtica. En línea con lo anterior, otro funcionamiento que se pudo trabajar es la lectura que hace la paciente de las interpretaciones: las entendía como órdenes que debía acatar. Se elaboró, en otro espacio, la propia identificación de la analista con una madre que motiva a su hija a valerse por sí misma y no someterse al resto. El impulso de la analista que la llevaba a mostrarle modelos de acción convenientes, configuró por un tiempo una relación de sobreprotección y alianza que predominó sobre verdaderos avances en el proceso. Paulatinamente se pudo ir abordando esta distorsión semántica, la de comprender los mensajes como órdenes, y profundizar en las vivencias emocionales a medida que la angustia que aparecía lo permitía. La alianza terapéutica empezó a permitir intervenciones con alguna cuota de humor que generaban un impacto positivo en Julieta ya que se habilitaba a reírse de ella misma y a abandonar la idea de paciente ideal.

El encuadre y el paciente sobreadaptado

Con respecto al encuadre en pacientes sobreadaptados, se intentarán algunas reflexiones con la ayuda de Liberman et al. (1986). Lo mencionado más arriba acerca de las ausencias o los secretos ocurrió en los primeros tiempos de su análisis. Se escapaba de las sesiones, como de su casa, llegando tarde o ausentándose, u omitiendo información importante de su vida y trayéndola como cosa resuelta, evitando que el analista se meta en su vida influyendo en sus decisiones. En cierto momento contrató un abogado para pedir alimentos a Andrés, se reunió con él, le pagó endeudándose, todo sin traer nada a sesión por semanas. En esa época la analista solía interpretar estas conductas como resistencias a tomar contacto con una interioridad llena de emociones perturbadoras que no podía gestionar.

Avanzando en el tiempo, las ausencias y algunas omisiones de información fueron interpretadas como signos de pensamiento propio, privacidad, y autonomía.

Cuando necesitó faltar a su sesión, lo comunicó de forma pragmática. En otro momento hubiera dado muchas explicaciones y sentido culpa por fallar. Aunque una ausencia a sesión tiene algo de resistencia, Julieta ensaya el ser adulta y tomar decisiones de forma independiente en un ambiente seguro, como improvisando el ejercicio de una autonomía nunca antes experimentada. Los mismos autores se refieren a la hiperadaptabilidad al tratamiento. Es por ello que se intenta resaltar esta particularidad de la relación de los pacientes sobreadaptados con el encuadre. Según las circunstancias y el progreso del tratamiento, algunas conductas de ruptura de encuadre son señales de una sana dependencia con el analista, ya que el desacuerdo no representa más la amenaza de la pérdida del vínculo construido. Siguiendo a Pistiner de Cortiñas (2018) la ruptura del encuadre puede entenderse como acto fallido y representar un cambio en la relación continente-contenido abandonando la sobreadaptación ante su ineficiencia para contener sus emociones.

El cuerpo

De las repercusiones en el cuerpo la analista se enteraba apenas y tarde. Durante su análisis se extrajo dos muelas, sin buscar una segunda opinión que pudiera sugerirle salvarlas, ´repararlas´. Se sometió voluntariamente a una ligadura de trompas que fue comunicada en análisis cuando ya estaba confirmada y pagada. La resistencia fue expresa: “ya tomé la decisión”. Tuvo también una intervención quirúrgica ginecológica de urgencia de la que la analista se enteró cuando le cancela una sesión. Le explicó que estaba internada por una hemorragia, como un pequeño contratiempo. Luego de su recuperación, al indagar sobre los antecedentes sintomáticos que llevaron a esa situación, Julieta dijo: “Me molestaba un poco, tenía pérdidas, pero no me fui a controlar, no tengo tiempo para nada, menos para parar dos días y operarme”. La paradoja impresiona: no tener tiempo de ocuparse del propio cuerpo y mantener la subordinación de las señales del mismo a las exigencias del ambiente podrían haberla llevado a la muerte. La situación de emergencia, de riesgo de vida, convocó a parientes, a su pareja, puso límite a sus sobreexigencias no reconocidas en el trabajo. Se intentó abordar la idea de que

estas consecuencias ‘indeseadas’ tenían cierta similitud con lo que ella tanto anhelaba y no podía lograr: que su familia y su pareja se acepten. Como si lo hubiera hecho contra su voluntad, de última, cuando era inevitable, cuando el cuerpo mismo pidió con sangre ser salvado. En la relación transferencial del inicio quedó de manifiesto la resistencia a que la analista se meta con el cuerpo, como si quisiera evitar que la llevase a pensar en algo tan desconocido y persecutorio que no iba a poder tolerar. Con el tiempo fue logrando una mayor integración psique-soma y la instauración de un espacio interior capaz de contener emociones y de registrar señales corporales. Asimismo, era capaz de comunicar su estado anímico y de aceptar las contradicciones. Decía: “Yo ahora aviso que salgo, que no vuelvo a dormir y no doy explicaciones, ya ni pienso en eso. Hago, en general, lo que tengo ganas de hacer...y de no hacer (se ríe). Si estoy cansada me quedo en casa. ¡Antes salía y me iba a trabajar sin dormir! Así estaba...Pensar que antes tenía un peso encima que no me dejaba respirar, ahora ni puedo recordar cómo vivía así, sintiendo esa culpa todo el tiempo.”

Conclusiones

El proceso analítico le ha permitido a Julieta comenzar a transitar el camino hacia una mente con pensamientos propios. El menor uso de la sobreadaptación a la que recurría para sentirse segura dio paso a una incipiente capacidad de simbolizar las señales emocionales y corporales y darles significado para transformarlos en aprendizajes vivenciales. Su yo más integrado le permite no poder, no ser la mejor, fallar, decir que no, y a la vez tolerarlo en sus objetos sin que esto implique consecuencias catastróficas.

En línea con Liberman et al. (1986) y Joseph (2004()) se destaca la importancia de la aparición de emociones en pacientes sobreadaptados como una herramienta técnica que ayuda a diferenciar la complacencia como transferencia negativa de un verdadero progreso psicoanalítico. En este trabajo, la vergüenza es considerada como una emoción que evidencia la discontinuidad de relaciones edípicas inadecuadamente prolongadas. Estas observaciones técnicas se consideran de

suma trascendencia si consideramos que, ignorarlas, puede llevar a los analistas a profundizar escisiones y defensas primitivas.

Referencias bibliográficas

- Arbiser, S. (2000). Sobreadaptación e incidencia somática. *Psicoanálisis*, 22(1), 89-97.
- Baranger, W. (1976). *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein* (2° ed.). Kargieman.
- Bion, W. (1963). *Experiencias en grupos*. Paidós.
- (2006) *Volviendo a pensar* (6° ed.). Hormé
- García, H. (2000). Realidad, símbolos, trastornos psicosomáticos a la luz de Winnicott. *Psicoanálisis*, 22(1), 137-155.
- Joseph, B. (2004). La complacencia como obstáculo. *Psicoanálisis*, 26(1) 101-115.
- Klein, M. (2015). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Paidós.
- (2015). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. En *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Paidós.
- Liberman, D., Grassano de Piccolo, E., Neborak de Dimant, S., Pistiner de Cortiñas, L., Roitman de Woscoboinik, P. (1986). *Del cuerpo al símbolo. Sobreadaptación y enfermedad psicosomática*. (2° ed.). Trieb.
- Meltzer, D., Bremner, J., Hoxter, S., Weddell, D., Wittenberg, I. (1979) La dimensionalidad como un parámetro de funcionamiento mental: su relación con la organización narcisista. En *Exploración del autismo. Un estudio psicoanalítico*, (pp. 197-209). Paidós.
- Pistiner de Cortiñas, L. (2018). Del cuerpo al símbolo revisitado. Algunos desarrollos y en homenaje a David Liberman. *Mentalización, Revista de psicoanálisis y psicoterapia*, 6(2).
- Segal, H. (1986) *Introducción a la obra de Melanie Klein*. (8° ed.). Paidós
- Selisnoff, A., (1999) *Consideraciones sobre la noción de objeto interno*. Ficha de cátedra.

- Winnicott, Donald W. *El concepto de falso self*. En: El hogar, nuestro punto de partida: ensayos de un psicoanalista / Donald W. Winnicott. – Buenos Aires: Paidós, 2006. – p. 78-83. – 331 p. (1975).
- Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso. En *Los procesos de maduración del niño: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Laia